

DESDE EL MIRAMAR

Esta sección de la revista queda destinada a la subjetiva visión del amante de Tarifa.

Al escribir sobre la tierra de uno los sentimientos nublan la realidad y la intención de plasmar bellas imágenes ahogan cualquier posibilidad de originalidad, o lo que es igual, que todos los piropos a Tarifa están dichos.

Desde que la razón me fue permitida usar me chocaban los cantos estereotipados y grandielocuentes a nuestra tierra. Las descripciones no se correspondían con mi recién estrenada forma de ver la realidad. Si me hablaba de lo milenaria que es la ciudad, el adjetivo milenario me arrastraba, y me arrastra, precisamente a lo pasado del término; si se hablaba de los dos mares que bañan nuestras playas, sólo captaba la influencia de la naturaleza en nuestro carácter, esa extremidad de actualizaciones que nos llevan a mantener la libertad por encima de cualquier presión u opinión exterior. Si se exaltaba a las mujeres me parecía que era a las mujeres de antaño, mujeres que no tienen nada que ver con las que — tan integradas y capaces como el cantor — establecen normas de conducta y participan en nuestro destino. ¿Por qué se empeñan todos los entusiastas de Tarifa en separar la realidad y la poesía? Es algo que nunca he comprendido. Describir una tarde gris con viento fuerte de levante visto desde el Miramar no deja de ser bello, es que es bellísimo. Hay que decir que, ante la imposibilidad de prescindir de este viento, lo mejor es aceptarlo e incluso mimarlo y hacerlo estandarte de nuestra tierra. Materializado sí que está ya con la instalación de la planta eólica; así que ya podemos cantar de noche a Tarifa a la luz de una farola cuya energía le viene del levante.

Este tema es ya algo obsesivo en mí y para los que como yo vivimos un exilio intermitente provocado por

las circunstancias laborales. Tenemos que encajar los tópicos de la manera más inteligente, es decir, declarando los beneficios que obtenemos de los supuestos inconvenientes del viento.

Cada vez que puedo reflexiono desde el Miramar y trato de amar los restos de las murallas y unificar los dos mares que desde los mapas nos dan separados y que más de una vez hemos escrutado en busca de los caracteres que los diferencien. ¿Quién no ha hecho de Moisés separando mentalmente los dos mares, o mejor dicho el mar y el océano — que hasta en geografía hay sus jerarquías —? ¿Quién de nosotros no ha pretendido medir las diferencias cromáticas de los esplendorosos azules y grises del agua que contemplamos a derecha e izquierda?

Estas son preguntas para tarifeños y oriundos (término acaparado por el fútbol). Estas preguntas no tienen respuestas inteligibles más que para muchos enamorados corazones tarifeños. Esos corazones de los que a pesar de las distintas actitudes de cada uno no podemos ocultar el sello tarifeño tan característico. El que más y el que menos no puede dejar de decir que bien se está en Tarifa!

Pero el amor a Tarifa, creo, no surge a primera vista. El verdadero amor, como las verdaderas penas, hay que buscarlos en los colores del cielo de Tarifa, en los olores que nos anuncian los cambios de vientos, en los veranos bulliciosos y en los inviernos latentes en los saludos de bienvenida y en las demoledoras despedidas.

Quien ha vivido esto en su piel sabe amar a Tarifa. Desde el Miramar, un saludo.

SEBASTIAN GARCIA LEON



Un bello rincón de Tarifa: El Miramar.